

Lectura moderna de la Retórica Clásica

ANTONIO LÓPEZ EIRE
Universidad de Salamanca

A veces, después de una conferencia que al conferenciante le ha salido bien, se le acerca un malévolo colega y le dirige estas palabras de doble lectura: «fantástico, chico, y lo que más me ha gustado es tu retórica»¹.

Bajo la aparentemente benévola felicitación se esconde una malintencionada calificación del discurso, que, a juzgar por el valor peyorativo que injustificadamente la palabra «retórica» conserva de pasados tiempos como un maleficio inconjurable, habría sido un discurso hinchado, declamatorio, enfático, vacío, artificial y falso.

Pero es que el maligno colega se equivoca meridianamente, de polo a polo, porque no sabe aún que la desprestigiada Retórica del siglo XIX se ha rehabilitado hoy día, liberándose del secular desprestigio que arrastraba consigo, y se ha convertido, aunque bajo diferentes denominaciones («técnicas de la expresión y de la comunicación») en una pieza importante de las ciencias de la comunicación y de la praxis social y además, por si lo anterior fuese poco, pasa por ser connatural con la democracia, la educación y la enseñanza.

En el siglo en que nos ha tocado vivir hemos redescubierto la Retórica Clásica, la Retórica de los griegos y romanos, la Retórica originaria, porque, pasadas de moda la Literatura como estudio de las «belles lettres» y la Lingüística estructural y el Formalismo ruso, que sustentaban posiciones alejadas del enfoque de la Retórica, hemos caído en la cuenta de que no hay más lengua que la que se habla y de que el buen manejo de esta lengua hablada, que sirve para triunfar en el debate político y en el discurso mediático y con los eslóganes

¹ Queremos dejar constancia de nuestro agradecimiento a la DGICYT (PB 96/1268).

publicitarios, había sido ya el primordial objeto de estudio de la Retórica Clásica a lo largo de siglos. El redescubrimiento de la fundamental función sociopolítica del lenguaje ha avivado el interés por la Retórica de la *pólis*, es decir: de la ciudad-estado, que fue la primera Retórica de Occidente.

La Retórica es el arte de generar la persuasión mediante actos de habla y, consecuentemente, se interesan por ella un buen número de disciplinas, a saber: la Lógica, la Hermenéutica, la Psicología Cognitiva, la Psicología Social, la Sociología, las Ciencias del Derecho, la Politología, la Publicística, la Pedagogía, el Periodismo y la Filología (en especial esas disciplinas específicas de la Literatura y la Lingüística que son la Poética y la Lingüística Pragmática).

Ahora bien, la Retórica es el arte de generar la persuasión mediante actos de habla que argumentan lo verosímil. Y resulta que lo verosímil hoy día ya no es el despreciable polo opuesto al esplendoroso y admirable polo de lo verdadero o lo científico, sino que, como dijera Aristóteles, la verosimilitud es consanguínea con la verdad, ya que es propio de una misma facultad ver lo verdadero y lo verosímil², y además, tal como se discurre en la ciencia actual, lo verosímil es siempre respetable y lo verdadero siempre revisable. A causa de este nuevo modo de pensar que ya no contrapone lo verosímil a lo verdadero o científico como el mal al bien, la Retórica moderna ha recuperado el prestigio de antaño, el de la Retórica Clásica en sus mejores tiempos.

Justamente la Retórica es importante porque, como vio muy bien Aristóteles, en la vida del hombre lo verosímil es más frecuente que lo verdadero, ya que las acciones sobre las que se reflexiona o delibera no son por lo general ni universales ni necesarias. Por el contrario, deliberamos en la gran mayoría de los casos sobre cuestiones que parece pueden resolverse de dos modos distintos, ya que nadie delibera sobre lo que considera imposible que haya sido, vaya a ser o sea de una manera diferente³.

Y precisamente por ello las premisas y las conclusiones de los argumentos que suscitan los temas que son objeto de la Retórica pueden ser también de otra manera⁴, es decir, no son verdaderas, sino verosímiles.

La Retórica Clásica, que es la primera Retórica que conocemos, busca lo verosímil, lo probable, que, en palabras del Estagirita, es «lo que sucede la mayoría de las veces, pero no sencillamente, tal y como algunos lo definen, sino lo que se refiere a lo que puede ser también de otra manera, estando con respecto a aquello de lo cual es probable en una relación similar a la del todo con respecto a la parte»⁵.

Ahora bien, la Retórica moderna va más lejos. Como comprueba que la Ciencia considera que lo verosímil es respetable y lo presuntamente verdadero es revisable, da un paso más y se esfuerza por hacer verosímil lo presuntamente

² Aristóteles, *Retórica* 1355 a 14.

³ Aristóteles, *Retórica* 1355 a 14.

⁴ Aristóteles, *Retórica* 1357 a 4.

⁵ Aristóteles, *Retórica* 1357 a 34.

verdadero. Con ello esta moderna modalidad de Retórica se nos aparece dotada de una función persuasiva que ejerce con argumentos de orden racional los unos y afectivos los otros; de una función hermenéutica que facilita la interpretación correcta de los argumentos ajenos, del discurso del otro (siempre hay un «discurso del otro» en Retórica); de una función heurística que permite encontrar la objetividad de lo probable entre la certeza científica y el azar del tan incierto como aleatorio caos; y de una función pedagógica que pretende hacer una exposición ordenada, verosímil y fácil de asimilar de lo científico y lo presuntamente verdadero.

La Retórica Clásica y la moderna, por tanto, coinciden en asignar a esta disciplina un enorme campo de acción debido al hecho de que la mayor parte de las acciones generadoras de discursos a las que nos enfrentamos no plantean cuestiones generales o universales sino particulares, cuestiones de opinión que se refieren a hechos «que no son siempre lo que son, sino sólo la mayoría de las veces»⁶, y que, como acaecen ciertamente la mayoría de las veces pero no siempre, generan opiniones que «parecen probables sea a todos los hombres, sea a la mayoría, sea a los sabios»⁷. La Retórica moderna, frente a la Retórica Clásica, ve todavía un campo más amplio de acción, dado que, siguiendo las pautas de la Ciencia coetánea, no descarta, como lo hacía la Física aristotélica, contemporánea de la Retórica Clásica, ni la casualidad ni la indeterminación.

Pero, además, la Retórica es enormemente práctica no sólo por la extraordinaria abundancia de las acciones en las que nos hemos de guiar necesaria y únicamente por el criterio de lo verosímil, sino porque —de nuevo nos alecciona Aristóteles⁸— a las masas no se las convence con argumentos científicos propios de estudiosos y especialistas: «aunque poseyéramos la ciencia más exacta del mundo, dirigiéndonos a algunas gentes, no nos resultaría posible vencerlas extrayendo elementos de ella e incorporándolos a nuestro discurso, pues el discurso científico es propio de la docencia, y eso es imposible en nuestro caso; antes bien, es necesario realizar las estrategias de persuasión y los razonamientos a través de nociones comunes, como precisamente, por cierto, exponíamos en *Los Tópicos* acerca de la conversación con las masas»⁹.

Lo verosímil o lo probable, por tanto, que era la esencia de la Retórica Clásica —lo que se denominaba lo *eikós*—, hoy día, a la luz de la Retórica moderna no parece una modalidad cognoscitiva despreciable en comparación con lo verdadero o científico. Y justamente por esta razón la Retórica ha dejado de ser ya una disciplina merecedora de todo oprobio y vilipendio.

En efecto, hoy ya no están vigentes ni son de recibo ese optimismo y esa soberbia que exhibían a diestro y siniestro los sabios científicos de anteriores centurias considerándose dueños y poseedores de lo verdadero, o sea, de la

⁶ Aristóteles, *Analíticos Posteriores* 96 a 11.

⁷ Aristóteles, *Tópicos* 104 a 8.

⁸ Aristóteles, *Retórica* 1355 a 24.

⁹ Se refiere a Aristóteles, *Tópicos* 101 a 30.

verdad científica, frente a esa bazofia de lo meramente verosímil o probable, que era considerado por ellos como acientífico e inaceptable.

El Cartesianismo y la venerable Física de Newton inspiraban estas inmovibles y tranquilizadoras certezas que fomentaban en los científicos la soberbia y el endiosamiento del sabio que se consideraba dominador de su objeto de estudio con la misma ingenuidad con la que los Presocráticos enunciaban el principio o sustancia primera de la Naturaleza.

Para Descartes (1596-1650) el objeto ideal de la filosofía de la certidumbre es, tras haber pasado por el proceso de la metódica duda «cartesiana», todo lo que podamos concebir de forma clara y distinta, es decir, hechos indudables sometidos a inobjetables principios de inferencia, en especial todo lo que se pueda reducir a extensión, magnitud y número, pues todo pensamiento aritmetizable o geometrizable (expresable *more geometrico*) es más susceptible de certeza.

Partiendo del principio de que son los pensamientos y no las cosas los objetos principales de la certeza empírica y de que los pensamientos aritméticos y geométricos, que no se ocupan de las cosas particulares, son siempre los más seguros y fiables, infiere que nada es comparable a esas ideas claras y distintas que arrastran consigo el peso probatorio u *onus probandi* propio de los axiomas, sobre todo si son susceptibles de ser presentadas *more geometrico*. Así pues, en la filosofía cartesiana no hay cabida para lo verosímil, que por definición no ofrece las garantías de la certeza axiomática.

Sin embargo, en la actualidad está fuera de toda duda, en virtud del teorema de Gödel, que todo sistema axiomático contiene al menos una proposición impredecible.

Newton, por otra parte, al final de sus *Principia*, publicados en 1687, hacía aparecer a Dios como un jugador de bolos que lanzaba los cuerpos celestes al vacío o espacio infinito compuesto por sucesión de puntos, y explicaba que, una vez asentados aquellos en él, se movían y se atraían y repelían en virtud de una ley física fijada por la divinidad y descubierta por el sabio astrónomo que rezaba más o menos así: los cuerpos celestes se atraen con una fuerza directamente proporcional al producto de sus masas e inversamente proporcional al cuadrado de sus distancias.

Frente a este cuadro de idílica y sosegada certidumbre, en el que Dios arrojaba los bolos al espacio para que giraran y rotaran en él en virtud de leyes infalibles, se alza poderosa la incertidumbre inquietante de la Física moderna, bastante más descreída. Para empezar, el espacio y el tiempo absolutos, según Einstein, no existen. El espacio newtoniano compuesto de puntos y el espacio temporal compuesto de instantes, entendidos ambos como realidades independientes de los cuerpos y procesos que los ocupan, son hoy en día conceptos inaceptables.

Y es más, la Física cuántica nos enseña que un electrón se modifica en el mismo momento en el que es observado. Resulta así que vemos el mundo no tal cual es, sino como en un espejo en el que contemplamos las cosas obser-

vadas y el ojo del observador que las observa. Y, de este modo, vacunados ya de ese mal humano incorregible que es la esperanza de obtener fácilmente incontrovertibles evidencias, digamos que no hay más remedio que admitir que ni siquiera el famoso principio de causalidad nos sirve en nuestros días para predecir el futuro con certeza, algo que prácticamente ya había adelantado David Hume en el siglo XVIII (1711-1776) al negar con energía nuestra percepción de la relación causal, una falsa percepción que en realidad ha de ser explicada por las leyes del hábito y la asociación.

En la Física cuántica los fenómenos físicos son concebidos como probablemente discontinuos y se considera que en un átomo unas determinadas circunstancias persisten sólo por algún tiempo y luego de repente son sustituidas por otras motivadas por una serie finita de procesos diferentes a los anteriormente en vigor, y se tiende, además, a pensar que el principio de la continuidad del movimiento, que, a modo de incontrovertible dogma, siempre se había dado por supuesto, en realidad no es más que un prejuicio, todo lo cual presupone un alejamiento de la doctrina tradicional del espacio y del tiempo mucho mayor que el que produjo la teoría de la relatividad.

El mundo físico ya no es un compuesto de cosas que persisten a lo largo de un determinado tiempo y se mueven en el espacio. En el mundo físico en vez de cosas o partículas hay sucesos o «eventos» que se relacionan unos con otros a través de intervalos analizables de varias maneras en términos de elementos espaciales y elementos temporales. La elección entre esas varias maneras de análisis es arbitraria y ninguna de ellas es mejor que las otras.

Así las cosas, nada más fácil de entender el hecho de que la Ciencia moderna no desprecie ya a la Retórica, arte de la persuasión a través de lo verosímil, tan insolentemente como lo hiciera la de los pasados siglos. Ni siquiera ella misma presume ahora inmodestamente de certezas ni rechaza de plano la verosimilitud, antes bien acepta frente a lo absoluto lo relativo y frente a la solución verdadera la opción más probable.

Es más, la Ciencia misma no puede prescindir del lenguaje, que es retórico por naturaleza.

Ya en el siglo V a. J. C. el sofista Gorgias de Leontinos afirmó que las palabras con las que pensamos la realidad y se la trasladamos al prójimo no son idénticas a las sustancias de las cosas exteriores a nuestro discurso. Y a finales del siglo pasado, ese filólogo y filósofo preso en las redes del lenguaje que fue Nietzsche compuso un «Curso de Retórica»¹⁰ en el que dejó claro como nadie el vigor retórico del lenguaje, capaz de asignar a las cosas nombres verosímiles más que absolutamente verdaderos, y que, por consiguiente, lo que nosotros llamamos Retórica no es sino un arte que logra un perfeccionamiento de recursos presentes ya en el lenguaje.

¹⁰ F. Nietzsche, *El libro del filósofo seguido de Retórica y lenguaje*, trad. esp., Taurus Ediciones, Madrid 1974.

Si esto es así —¡y claro que lo es!—, resulta que las cosas reales no las aprehendemos nunca, que las cosas reales no penetran jamás en lo hondo de nuestra conciencia. Lo que realmente penetra en nuestra mente y en las de los demás a través de la palabra pensada o transmitida es una especial relación nuestra con la realidad que establecemos mediante el lenguaje, que es sin duda retórico de natural, es decir, designador y comunicador de objetos reales mediante designaciones impropias que no son más que probables, que no aspiran más que a la opinión, la *dóxa*, ya que el lenguaje no logra designar jamás las cosas en su integridad, sino que se limita a designar lo que le parece relevante de cada elemento de la realidad incognoscible que va aislando. Y estas designaciones impropias de las que se nutre el lenguaje en virtud de su naturaleza retórica son en todo comparables a lo que en los manuales de Retórica al uso se denomina los «tropos».

Por ejemplo: el tropo que un crítico señala en una composición poética en la que efectivamente se lee la sinécdoque «cien velas» por «cien barcos de vela», una aparente sustitución del nombre del todo («barcos») por el nombre de la parte («velas»), es el mismo fenómeno que vislumbramos en la palabra «serpiente» derivada de la voz latina *serpens*, participio que designaba al animal al que apunta con la única cualidad de ser reptador (*serpere* en latín significaba «reptar»).

Ahora bien, todos sabemos que las serpientes son reptiles ofidios que tienen un sinfín de características que definen su esencia, como, por ejemplo, carecer de extremidades y tener el cuerpo cubierto de una epidermis escamosa que mudan todos los años, ser ovíparos, y, según dicen los sabios zoólogos, no tener todavía desarrollado el neocórtex, además de otros rasgos que los especialistas conocen bastante mejor que el autor de estas líneas.

Por consiguiente, cuando nombraban los latinos a la «serpiente» con la voz *serpens*, hacían exactamente lo mismo que hace el poeta que se refiere a «cien barcos» con el sintagma «cien velas», a saber: señalar el rasgo más relevante de un aspecto de la realidad que ya de entrada el hablante —esto es lo importante— no reproduce ni reproducirá jamás cabalmente (verdaderamente) por medio del lenguaje.

Los tropos, por tanto, no son ocasionales respecto de las consideradas palabras normales del lenguaje, sino que todo discurso es figuración y en consecuencia no existe diferencia entre las palabras tenidas por corrientes y las figuras retóricas. «Velas» en poesía puede significar «barcos», pero también «velero» es un «barco» de vela y tanto en uno como en otro caso sólo definimos parcialmente el objeto referido.

Y si esto es así, no hay que estudiar primero una Gramática, en la que cabrían las palabras normales y corrientes, y luego una Retórica, en la que se estudiaría el lenguaje figurado, sino que toda palabra es figurada con respecto a la realidad a la que apunta, y es figurada con una figuración cuyo acierto es aceptado por la mayoría o la totalidad de los hablantes.

Todos aceptamos sin rechistar metonimias como «lengua» significando ya no un «órgano muscular móvil situado en la cavidad de la boca», sino «manera peculiar de hablar un individuo o un grupo social». Y, sin embargo, algunos

somos conscientes del carácter tremendamente imperfecto, por caprichosamente selectivo, de esta denominación trópica. No es el órgano de la lengua precisamente lo que en el fondo determina las maneras de hablar distintas que verificamos en diferentes comunidades.

Ahora bien, la Ciencia moderna tampoco se priva de estas designaciones trópicas imperfectas motivadas por la imposibilidad de prescindir del lenguaje, cuya naturaleza, como estamos viendo, es retórica.

Así, cuando los físicos modernos hablan de «agujeros negros», están haciendo uso de la fuerza retórica del lenguaje como el poeta que emplea la expresión sinecdócica «cien velas» o el hablante de latín que a la serpiente la llamaba «la reptadora», *serpens*.

El lenguaje es fundamentalmente retórico y, por tanto, comparable al llamado «discurso retórico». Ni el lenguaje ni el discurso retórico albergan la pretensión de enseñarnos la verdad, o sea, de desplegar enteramente ante nuestros ojos la realidad de las cosas que con el uno o el otro mencionamos. Tampoco una poesía o una novela pretenden tamaña empresa. Y tampoco la ciencia. Sólo las religiones enseñan la verdad por la palabra y por eso se han quedado solas.

No es, pues, de extrañar, que la Ciencia moderna, consciente de que tiene que convivir con el principio de incertidumbre, no desprecie ya con tanta saña a la Retórica por el hecho de que esta disciplina no pretenda alcanzar más que lo verosímil o probable y sólo trate en el mejor de los casos de hacer verosímil y aceptable lo que es presuntamente «verdadero» o «científico».

La Ciencia moderna sabe que el lenguaje, que es retórico por naturaleza, no sirve para reproducir la realidad y que por consiguiente ni él mismo ni la Retórica pueden prestarle ayuda en la tarea de pergeñar la imagen del mundo. Pero también ella misma es consciente de su incapacidad para dejar de utilizar el lenguaje con el que se piensa y se comunica y para librarse del subjetivismo del observador que pretende en vano ser del todo objetivo y para sustituir de una vez por todas la parcial incertidumbre por la absoluta certeza.

Lo que hacen la Retórica y el lenguaje (cuyo carácter —digámoslo una vez más— es esencialmente retórico) consiste sólomente en transmitir excitaciones y copias de sensaciones que no desenmarañan la realidad esencial de las cosas ni del universo mundo, sino que aíslan de todo ello sólo lo que es eficaz y capaz de producir impresión en los hablantes, lo que es aceptable y cabe en la opinión de la mayoría de los conciudadanos que comparten una lengua y con esa lengua una determinada manera de contemplar el mundo.

Toda esta problemática que estamos tratando, la del carácter retórico del lenguaje, es la fundamental de la Retórica desde el momento mismo de su nacimiento y configuración como arte o casi ciencia en la Grecia del siglo V a. J. C. Es más: cuando los Sofistas, en la Atenas del siglo V a. J. C., se percataron de la disociación existente entre el mundo real y el lenguaje que lo designa, entre las cuestiones socialmente tratables y los posibles discursos válidos para tratarlas, comenzaron a alardear de la facultad de lograr, en un debate en el que se enfrentaran dos discurso antagónicos defensores de sendas tesis contradictorias,

que el discurso en apariencia más débil de los dos resultase el campeón. Y entonces fue cuando de verdad nació la Retórica.

Pero, aunque la Retórica moderna procede de la Retórica Clásica, es decir, de la Retórica grecolatina, se distingue muy bien de ella, como no podría ser de otro modo, dadas las diferencias sociales, políticas y económicas que separan nuestro mundo del de los antiguos griegos y romanos.

En efecto, mientras que a Aristóteles le bastaban tres géneros de discursos para encajar en ellos todos los que en su época se pronunciaban, a saber: el discurso judicial ante conciudadanos que ejercían como jueces, el deliberativo ante conciudadanos que ejercían como consejeros de la política de la ciudad-estado o *pólis* común, y el epidíctico o de aparato ante conciudadanos que en fechas señaladas lo escuchaban como espectadores a la vez que realizaban un acto de fe en la cohesión y compacidad de la *pólis*, en los tiempos modernos han surgido modalidades nuevas del discurso retórico que se pronuncian, transmiten y retransmiten a través de poderosísimos medios de comunicación de masas que el Estagirita no podía ni tan siquiera vislumbrar.

Hoy día existe, por ejemplo, un tipo de discurso retórico nuevo, el discurso publicitario, cuyo objetivo es el de promocionar la contratación o venta de un producto.

Este nuevo discurso retórico se aleja considerablemente de los tres grandes géneros detectados y establecidos por el Estagirita, y se distancia de ellos en la misma medida en que el moderno fenómeno de la publicidad es ajeno y totalmente extraño a la sociedad griega del siglo IV a. J. C. en la que vivió integrado el autor del primer tratado sólido y completo de Retórica que conocemos.

Efectivamente, entre Aristóteles y la publicidad media un largo proceso histórico cargado de importantes cambios sociales, políticos y económicos.

Para que se requiera la publicidad, hay que contar previamente con la Revolución Francesa, que consagró el poder de la burguesía, y con la Revolución Industrial, que inauguró el capitalismo de producción, y con las luchas de clases y las revoluciones obreras de comienzos de siglo que transformaron la sociedad capitalista de producción en sociedad capitalista de producción y consumo, y con la actual sociedad de comunicación de masas que se identifica como tal por el propio hecho de recibir los mensajes a través de los grandes medios actuales de comunicación social, como la radio, el cine, la televisión, los paneles luminosos y las vallas publicitarias.

Se entiende así un nuevo discurso retórico que es, en primer lugar, breve y conciso como la misma «marca» publicitada, impresa sobre el propio producto ofertado («Parker. La escritura»); y, en segundo término, multimediático y por tanto compuesto a base de signos de diferentes códigos (palabras, música, dibujos, fotogramas); y, además, en razón de su propia modernidad, sometido al inevitable psicologismo de nuestro tiempo, es decir, tanto al principio, enunciado por Pavlov, del enorme poder de las asociaciones instintivas (recordemos al perrito segregando saliva incluso cuando inoportunamente sonaba la campana y se encendía la luz que señalaban sus horas de comida), como a la inolvidable lección freudiana de lo agradable que resulta la relajación del subconsciente.

Así se explica un discurso publicitario como éste: aparecen en imágenes de cine y televisión unas jovencitas de buen ver a las que les revolotea la falda dejando apreciar hermosas siluetas y soñar beatíficas sensaciones; y estas mismas atractivas jovencitas pronuncian el discurso retórico publicitario propiamente dicho en forma de cancioncilla ligada a una melodía o *jingle*, que dice así: «Marie-Claire, Marie-Claire, un panty para cada mujer».

Este conciso y multimediático discurso publicitario transmite en forma subliminal todo un importante mensaje consustancial con los intereses de la sociedad capitalista de producción y consumo y de comunicación de masas en la que el mensaje publicitario nace y se desarrolla: las innumerables consumidoras sin rostro de los pantys «Marie-Claire» tienen a su alcance, gracias a esta opulenta y paradisiaca sociedad de producción y consumo, la talla y modelo que deseen del ofertado producto con el que podrán parecerse a las modelos que lo publicitan y por tanto resultar muy sexys y hacer estragos con tan erótica apariencia.

Ahora bien, si esto es así, si la diferencia entre Retórica Clásica y Retórica moderna es tan evidente, ¿merecerá la pena asomarse desde la modernidad a la Retórica Clásica?

Creemos que sí por la razón siguiente: Tal como hemos tenido ya ocasión de ver, en la Retórica Clásica contemplamos los fundamentos del edificio retórico en general como en ninguna otra especie de Retórica y es muy conveniente que el estudioso tenga en todo momento bien presente en qué se fundamenta el saber o la disciplina que cultiva y a partir de ese basamento analice qué posibilidades de edificación adaptable al presente ofrece un saber o una ciencia que posee tales fundamentos.

Los fundamentos de la Retórica moderna son los de la Retórica Clásica y éstos no son propiamente —como suele contarse en los primeros capítulos de las «Retóricas»— los ilustres rétores sicilianos Córax y Tisias, cuyos nombres rozan la fábula o el folk-tale, sino las reflexiones de tres pensadores de hondura, a saber: el sofista del siglo V a. J. C. Gorgias de Leontinos; el divino filósofo, es decir, Platón, cuya vida traspone el siglo V y se introduce en el IV a J. C., y, finalmente, el filósofo Aristóteles, discípulo del anterior y a la vez maestro en tantas artes, que vivió en el siglo IV a. J. C. En realidad, como acertadamente señaló Thomas Cole, la Retórica es una disciplina no sólo desgajada de la Filosofía, sino además enfrentada a ella¹¹.

El primero de los tres referidos maestros fundamentó filosóficamente la Retórica, porque nos hizo ver que con el lenguaje lo que los humanos podemos hacer con eficacia no es la reproducción fiable de la realidad sino la persuasión de nuestros semejantes empleando estrategias de orden lógico que no pretendan capturar la verdad sino sólo lo probable, y estrategias de orden psi-

¹¹ Th. Cole, *The Origins of Rhetoric in Ancient Greece*, The John Hopkins University Press, Baltimore y Londres 1991, 2.

cagógico («de arrastre de almas») que ganen para nuestra causa la voluntad de nuestros oyentes enajenada por obra de nuestra elocuencia.

El segundo (y que conste que nos referimos al Platón del diálogo *Fedro* y no al Platón del *Gorgias*, tan hostil al arte de la oratoria) elevó el rango de la Retórica de mera experiencia a arte, haciendo que en su metodología participaran tanto la Dialéctica o «arte de argumentar y de razonar en medio de una discusión filosófica en forma de diálogo y de debate oral» como la Psicagogía o «arte de la atracción de las almas».

Por último, el tercero dio forma definitiva a la Retórica, organizó este arte poniéndole cada cosa en su sitio y colocándolo entre la Dialéctica, la Psicagogía, la Ética y la Política, sin olvidar su relación con el arte de la dicción o Estilística.

Con Aristóteles la Retórica quedó definitivamente configurada como arte, y hasta, si se quiere, como ciencia, pues, aunque el Estagirita no se propuso sino componer un arte, en algunos pasajes se eleva hasta plantearse por qué un determinado discurso dotado de unas determinadas cualidades se convierte en persuasivo¹², volando así a la altura requerida por la ciencia o, por decirlo a la griega, *epístème*, voz que literalmente quiere decir «acción o efecto de estar impuesto en alguna materia».

Pero, para entender bien este último aserto, el del carácter científico que adopta la teoría retórica aristotélica en sus mejores momentos, distingamos antes de nada entre elocuencia natural, oratoria y Retórica.

La primera es una capacidad que va inserta en el lenguaje mismo. Como el lenguaje es por su esencia retórico y hablamos principalmente para influir sobre los demás y con frecuencia para persuadirlos a hacer lo que nos interesa, el lenguaje mismo y nuestra experiencia con él nos facilitan estrategias para realizar lo mejor posible nuestro propósito al hablar, sin necesidad ninguna de que nos apuntemos como parvularios a ninguna escuela de arte retórica.

La oratoria es el género literario que atesora los brillantes discursos pronunciados por el orador mediante su natural elocuencia o su bien aprendida retórica. Un capítulo importante de la Historia de la Literatura Griega Antigua es, justamente, el de la Oratoria ática.

La Retórica es una disciplina o un arte o una ciencia que se plantea y emprende con fundamento el estudio de las estrategias que conducen a la realización de un discurso persuasivo eficaz. Si se para en este punto es un arte. Pero si va más allá y se cuestiona además el porqué de la eficacia de cada una de las estrategias estudiadas y utilizadas, deja de ser un arte para convertirse en una ciencia.

Pues bien, el primer intento de justificar el empleo del lenguaje para hacer cosas tan concretas como persuadir, hacer cambiar de opinión y amedrentar o hacer reír y disfrutar a los oyentes es el que llevó a cabo en el siglo V a. J. C. el sofista Gorgias de Leontinos.

¹² Aristóteles, *Retórica* 1408 a 10.

En efecto, en su discurso propedéutico titulado *Encomio de Helena* Gorgias intenta demostrar en la práctica la exactitud de una de sus tesis favoritas: la del enorme poder activo de la palabra.

Para ello se sirve del conocido mito de Helena, heroína que, seducida por Paris, había abandonado a su marido Menelao y a su hija Hermíone y con ello provocado incontables dolores y sufrimientos a los combatientes aqueos y troyanos que por su culpa se enfrentaron en la Guerra de Troya.

Pero el Sofista de Leontinos se opone a esta versión empleando el argumento de probabilidad en forma de reducción al absurdo y toda una batería de estrategias psicagógicas o «arrastradoras del alma», fundamentalmente basadas en el uso de procedimientos estilísticos colmados de recurrencias como propios que eran del recurrente lenguaje de la poesía.

Si Helena fue a Troya —argumenta— lo hizo o por decisión de los dioses o por la voluntad de la Fortuna y decreto del Hado o arrebatada por la violencia o por la fuerza del poderoso dios Amor o bien embelesada y convicta por el tremendo poder persuasivo y encantador de la palabra, o sea, del lenguaje¹³. En cualquiera de estos casos la conducta de Helena sería disculpable y ella misma más digna de conmiseración que de odio, ya que en todos ellos era la parte más débil enfrentada a la más fuerte y lo normal por naturaleza es que lo más débil sea gobernado, arrastrado y conducido por lo más fuerte¹⁴. Los dioses, el Hado, la divinidad Amor y la violencia de la fuerza bruta triunfan siempre sobre la voluntad y la providencia humanas. Pero también el lenguaje, persuasivo y engañoso, como un poderoso soberano, embauca las almas y, una vez encandiladas, se las lleva fácilmente a rastras y las conduce por donde le place. Y en este punto redactó Gorgias lo que apropiadamente pudiéramos llamar el acta fundacional de la Retórica: «La palabra es un gran soberano que con un cuerpo minúsculo e insignificante lleva a cabo divinísimas obras; pues es capaz de acabar con el miedo y de quitar las penas y de producir alegría y de incrementar la conmiseración»¹⁵. Y más adelante en su discurso añade que la palabra es como una pócima¹⁶, un bebedizo o un ensalmo¹⁷, propio del encantamiento o de la magia¹⁸, que «enhechiza, persuade y hace cambiar de opinión»¹⁹.

La argumentación por lo verosímil que emplea para desmentir la versión mítica de la infamia de Helena (lo más probable o verosímil resulta ser que Helena es inocente porque hizo lo que hizo forzada y sin poder evitarlo²⁰ —estamos ante un caso de lo que se denominará más tarde, en la doctrina de

¹³ Gorgias, *Encomio de Helena* 11, 6 D-K.

¹⁴ Gorgias, *Encomio de Helena* 11, 10 D-K.

¹⁵ Gorgias, *Encomio de Helena* 11, 8 D-K.

¹⁶ Gorgias, *Encomio de Helena* 11, 14 D-K.

¹⁷ Gorgias, *Encomio de Helena* 11, 10 D-K.

¹⁸ Gorgias, *Encomio de Helena* 11, 10 D-K.

¹⁹ Gorgias, *Encomio de Helena* 11, 10 D-K.

²⁰ Gorgias, *Encomio de Helena* 11, 6 D-K.

los planteamiento de los litigios, *status qualitatis*, en el que se aceptan los hechos de la acusación pero se matizan—), la presenta aderezada de galas poéticas, a saber, figuras como la *antítesis* o disposición adyacente de contrarios terminológicos y/o semánticos pertenecientes al mismo clasema; el *párison* o paralelismo de estructuras sintácticas; el *homeotéleuton* o serie de incisos o cláusulas que riman entre sí; y el *isócolon* o serie de incisos o cláusulas provistas del mismo número de sílabas. Todas estas figuras, que no son sino estrategias poéticas trasladadas a la prosa, propias de poéticos encantamientos (la primera poesía era cantada como lo eran también los encantamientos) y por ello basadas en ese procedimiento tan típicamente poético que es la recurrencia, actúan como fármacos o bebedizos que narcotizan el alma de los oyentes.

Sin duda alguna, el punto más interesante de la doctrina gorgiana sobre el lenguaje expuesta en el *Encomio de Helena* es su convencimiento de que éste sirve no tanto para establecer con rigor hechos incontrovertiblemente demostrados que reflejen la verdad o reproduzcan el mundo, cuanto para obrar y hacer obrar, para la acción, para hacer surgir emociones e influir sobre las conductas de los congéneres y conciudadanos. En este punto la visión gorgiana del lenguaje, que es una visión retórica, no está lejos de las de los filósofos modernos Wittgenstein y Austin²¹, así como de las de la Lingüística Pragmática, tan ligada a la Retórica por cuanto que una y otra se ocupan de la efectividad y el éxito de la interacción comunicativa. El lenguaje asistido por la persuasión —expone Gorgias— actúa sobre el alma del oyente grabando en ella la forma deseada, que a partir de ese momento actúa como una droga sobre el cuerpo. Esto ocurre en los discursos de los astrónomos que sustituyen opinión por opinión; en los debates a base de discursos de entre los cuales se impone uno sobre los demás porque agrada más a las masas por estar escrito con arte, aunque haya sido pronunciado sin respeto a la verdad; y también en las discusiones filosóficas en las que queda patente asimismo cómo la rapidez de pensamiento hace fácilmente cambiante la fe depositada en determinadas opiniones²².

Así pues, el discurso persuasivo, a través de estrategias racionales de argumentación de lo opinable y de estrategias de seducción del alma basadas en la recurrencia poética, genera persuasión y la persuasión a su vez produce inmediatamente acción, y todo ello de forma inevitable, de la misma manera que una droga poderosa desencadena automáticamente sus efectos en el cuerpo, independientemente de que éstos sean beneficiosos o nocivos. Algunas drogas benefician al cuerpo y otras, en cambio, lo dañan, y asimismo el discurso persuasivo puede favorecer o perjudicar al alma, infundiéndole tristeza o placer, miedo o coraje²³. Por debajo de toda esta interpretación del lenguaje como una facultad fundamentalmente suscitadora de emociones y modificadora de con-

²¹ L. Wittgenstein, *Philosophical Investigations*, Londres 1958. J. Austin, *How to do Things with Words*, The M. I. T. Press, Cambridge 1962.

²² Gorgias, *Encomio de Helena* 11, 13 D-K.

²³ Gorgias, *Encomio de Helena* 11, 14 D-K.

ductas se encuentra toda una concepción filosófica que niega a la palabra pensada y comunicada toda posibilidad de reproducir la realidad y, en cambio, le atribuye la posibilidad de forjar opiniones plausibles y la de seducir el alma de los oyentes mediante el embelesamiento propio de la dicción de la poesía y de los encantamientos. En efecto, toda esa nueva actitud y declaración de principios que sobre el lenguaje expone el de Leontinos en su *Encomio de Helena*, las fundamenta filosóficamente empleando los mismos argumentos de los que se habían valido los dogmáticos filósofos eleáticos, presididos por Parménides de Elea, en el siglo V a. J. C., para fijar la divisa o enseña de su filosofía: «el Ser existe». La diferencia radica en la conclusión a la que Gorgias llega, contradictoria con respecto a la de los eleáticos: «el Ser no existe y si existe no puede ser percibido y si puede ser percibido no puede ser comunicado al prójimo»²⁴.

En el siglo V a. J. C. Parménides de Elea metió a la filosofía en un callejón sin salida. Escribió un poema en hexámetros, del que han sobrevivido largos fragmentos, en el que nos refiere el viaje iniciático realizado por él, el filósofo-poeta²⁵, hacia un misterioso lugar en el que toman arranque, a partir de una misma puerta de umbral y dintel pétreos, los senderos del día y de la noche²⁶. Allí una diosa le exhorta a percibir distintamente «el corazón impávido de la rotunda verdad» de «las opiniones de los mortales en las que no reside verdadera credibilidad»²⁷. En consecuencia, siguiendo la enseñanza-revelación de la diosa, se pone a pensar con palabras y a expresar sus pensamientos con palabras también, con la palabra-razón, o sea, con el *lógos*, para llegar a través de él al ser de las cosas. Y el resultado de este acercamiento filosófico al ser a través de la palabra es la idea de que la palabra pensada o expresada, la palabra-razón, el *lógos*, tiene que tener un referente real del que se habla y del que se piensa; luego todo aquello de lo que se habla o se piensa tiene que existir y nadie puede pensar ni expresar lo que no existe. En consecuencia, no existen la nada ni el movimiento, que implica un cambio cualitativo, ni la pluralidad ni nada que no pueda pensarse ni expresarse. Sólo el ser existe y puede ser pensado y expresado; el no ser no existe y no puede ser pensado ni expresado; y «el ser no es ni engendrado ni percedero, es entero, unigénito, imperturbable, infinito»²⁸. En este poema y con esta formulación Parménides dejó descrito el «Camino de la Verdad», encerró a la Filosofía en la celda de un monismo difícil de superar y proclamó a los cuatro vientos la superioridad de la Razón por encima de las engañosas apariencias de los sentidos.

Pues bien, con el mismo método (o sea, desde la palabra pensada y expresada al ser), pero dándole la vuelta al argumento, Gorgias de Leontinos demuestra que el ser no existe, que, si existiera, no podría ser conocido, y que, si pudiese ser conocido, no podría ser comunicado. Recordemos que Parménides

²⁴ Gorgias, *Sobre el No Ser, o Sobre la Naturaleza*, 3 D-K.

²⁵ Parménides, *Sobre la Naturaleza*, 1, 1-5 D-K.

²⁶ Parménides, *Sobre la Naturaleza*, 1, 11-12 D-K.

²⁷ Parménides, *Sobre la Naturaleza*, 1, 29-30 D-K.

²⁸ Parménides, *Sobre la Naturaleza*, 8, 3-4 D-K.

había argumentado justamente al revés: el ser existe porque puede ser pensado y comunicado. Es más, llegaba a identificar pensar y ser: «Es la misma cosa pensar y aquello a causa de lo cual es el pensamiento; pues sin el ser en el que se cifra el pensamiento no hallarás medio de pensar»²⁹. Contrariamente a esta argumentación el Sofista de Leontinos, en su obra *Sobre el No Ser o sobre la Naturaleza*, basándose al igual que Parménides en la relación de la palabra-razón, la palabra pensada y expresada, el *lógos*, con el ser, arguye en sentido contrario la inexistencia del ser, así como su imposibilidad de ser pensado y expresado: «el ser no existe y si existe no puede ser percibido y si puede ser percibido no puede ser comunicado al prójimo»³⁰.

Y todas las características del ser parmenídeo son aprovechadas por Gorgias para, mediante argumentos de reducción al absurdo, negar la existencia del ser: Si existe, es eterno, pues no puede tener principio ni fin, ya que no puede empezar a ser ni dejar de ser; y si es eterno, es infinito, y si es infinito, no está abarcado por otro, luego no está en ninguna parte, y si no está en ninguna parte, no existe³¹. Si para Parménides el lenguaje y el pensamiento tienen que tener un objeto al que referirse, o sea, el ser, según el de Leontinos, el lenguaje mismo pensado y expresado, el lenguaje-razón o *lógos*, al comentar los atributos asignados por el Eleata al ser, por ejemplo, su infinitud, llega a la conclusión contraria: el ser no existe.

Y ahondando en la metodología que conduce al no ser partiendo de la palabra, del lenguaje mental y vocal, del *lógos*, añade que, aunque el ser existiera, no podría ser conocido ni compartido o comunicado, pues, en primer lugar, no todo lo que se piensa con palabras existe, como, por ejemplo, «un hombre volando» o un «carro corriendo sobre la superficie del mar»³², ni «Escila» ni «Quimera»³³; y, en segundo lugar, las sustancias externas son visibles, audibles, sensibles, perceptibles por sentidos varios, mientras que nosotros las captamos sólo a través de la palabra pronunciada, palabra con la que también pensamos, el *lógos*. Por ello «los cuerpos visibles, por ejemplo, difieren grandemente de las palabras con las que los designamos»³⁴, y lo mismo podríamos decir en general de lo visible en relación con lo audible, a saber: que no se perciben mediante sensaciones intercambiables³⁵.

Y es que «aquello con lo que nosotros informamos es discurso (*lógos*) y el discurso no es las sustancias ni las cosas que existen»³⁶.

La palabra, pues, en la filosofía gorgiana antiparmenídea, no sirve para reproducir la realidad, pues los filósofos y meteorólogos o físicos albergan opi-

²⁹ Parménides, *Sobre la Naturaleza*, 8, 34-36 D-K.

³⁰ Gorgias, *Sobre el No Ser, o Sobre la Naturaleza*, 3 D-K.

³¹ Gorgias, *Sobre el No Ser, o Sobre la Naturaleza*, 3, 68 D-K.

³² Gorgias, *Sobre el No Ser, o Sobre la Naturaleza*, 3, 79 D-K.

³³ Gorgias, *Sobre el No Ser, o Sobre la Naturaleza*, 3, 80 D-K.

³⁴ Gorgias, *Sobre el No Ser, o Sobre la Naturaleza*, 3, 86 D-K.

³⁵ Gorgias, *Sobre el No Ser, o Sobre la Naturaleza*, 3, 84 D-K.

³⁶ Gorgias, *Sobre el No Ser, o Sobre la Naturaleza*, 3, 84 D-K.

niones que van cambiando con el tiempo³⁷, sino para argumentar con argumentos de probabilidad, ya que «sobre la mayor parte de los asuntos la mayor parte de los hombres se procuran la opinión como consejera de sus almas»³⁸, y seducir las almas de los oyentes mediante recursos psicagógicos o arrastradores de almas, como el estilo deleitoso y la pasión turbadora.

Con Gorgias la Retórica queda fundamentada: Si conocemos, pensamos y transmitimos al prójimo la realidad mediante el lenguaje, pero resulta que —contrariamente al monismo parmenídeo en el que se funden las palabras y las cosas— el lenguaje no reproduce fielmente la realidad, podemos emplear este desfase entre *res* y *verba*, cosas y palabras, a nuestro gusto, arbitrio o en favor de nuestra causa. Basta, sencillamente, amplificar las palabras para que parezca que las cosas referidas se ensanchan también, o aminorar las palabras para que dé la impresión de que sus referentes asimismo se achican. Para ello contamos con el enorme potencial psicagógico o arrastrador de almas de la palabra.

Para ejemplificar la aplicación de este nuevo punto de vista, compuso Gorgias la *Defensa de Palamedes*, utilizando de nuevo un mito bien conocido. El héroe griego Palamedes había desenmascarado a Odiseo cuando pretendía con una de sus frecuentes tretas y arterías eludir la expedición a Troya. Por ello tomó éste venganza en él mediante una añagaza. Falsificó una carta para que aparentemente pasara como enviada por el rey troyano Príamo a Palamedes, en la que se aludía a un plan de traición concertado por éste con el monarca troyano, y a esta falsa prueba añadió una bolsa de monedas de oro que hizo ocultar bajo la almohada del lecho en la tienda de su aborrecido enemigo. Cuando el rey de reyes de los griegos Agamenón descubrió tan comprometedores y acusatorios indicios, entregó al honesto héroe directamente acusado por ellos a un tribunal de próceres de los griegos para ser juzgado. Los jueces lo encontraron culpable y el infeliz e inocente Palamedes fue condenado a muerte y lapidado, convicto de traición en virtud de pruebas falsas y maliciosamente fingidas.

Hasta aquí el mito. Pero ¿cómo debiera haberse defendido Palamedes, inocente pero muy entorpecido por las falsas pruebas para demostrar la verdad, o sea, su inocencia? Pues, sencillamente, mediante el argumento de probabilidad, que es el que vale en Retórica y el único asequible a los mortales que emplean palabras y no las propias cosas para comunicarse, y aprovechando los poderes de seducción de almas del lenguaje, es decir, sacando a relucir las estrategias psicagógicas del lenguaje, a saber, sus galas poéticas, su posibilidad de poner de manifiesto y hacer valer el atractivo del carácter del orador (*êthos*) y su capacidad de conmover las almas de los oyentes (*páthos*).

Y así procede el Palamedes ficticio y paradigmático del discurso de Gorgias, ese discurso programático y didáctico engalanado todo él con las recu-

³⁷ Gorgias, *Encomio de Helena* 11, 13 D-K.

³⁸ Gorgias, *Encomio de Helena* 11, 11 D-K.

rencias poéticas de las «figuras gorgianas». En primer lugar, echa mano, para su defensa, del argumento de probabilidad a través de la reducción al absurdo: «Aunque hubiera yo querido, no habría podido»³⁹, pues antes de la acción (en este caso, de la traición) se requiere la palabra, mensajes, reuniones, conversaciones y, consiguientemente, un intérprete y, por tanto, un cómplice⁴⁰. Y en cuanto al acusador —continúa argumentando—, si sabe lo que acusa a ciencia cierta, lo sabrá por haber participado en ello, y, consecuentemente, es tan culpable como el acusado⁴¹. Y, por otra parte —sigue arguyendo—, el acusador es incoherente pues acusa al acusado de dos cargos contradictorios, la inteligencia y la locura : de ser lo suficientemene inteligente como para fraguar una traición de tal envergadura y de ser tan loco como para pretender traicionar a Grecia⁴². Ahora bien, inteligencia y locura son cualidades de la mente de por sí incompatibles.

Pero, además, haciendo uso del argumento por el «carácter», el *êthos*, del orador, el acusado arguye: «Ni aunque hubiera yo podido, habría querido»⁴³, pues no se dan en mí las causas probables de los crímenes, a saber, el afán de poder⁴⁴, de gloria⁴⁵, de dinero⁴⁶, ni la evitación de un castigo, peligro o temor⁴⁷ ni el deseo de favorecer a los amigos y hacer daño a los enemigos⁴⁸, y, por otro lado, mi vida pasada⁴⁹ prueba mi carácter filantrópico, patriótico y amante de los griegos.

A continuación, al final del discurso, Gorgias, desempeñando ficticiamente la función de Palamedes, se dirige a los jueces, a quienes califica de «los primeros griegos de entre los griegos principales»⁵⁰, para persuadirles no —según dice retóricamente— con súplicas, lamentos y plegarias, sino con el más claro criterio de justicia y el mayor afán por referir la verdad⁵¹.

Estamos ante el epílogo, parte del discurso en la que se instalan regularmente una recapitulación de lo tratado y una apelación a los sentimientos de los jueces (*páthos*). Por lo que a esta última función se refiere (la petición de clemencia a los miembros del tribunal), el orador ha decidido, tras mencionar indirectamente la conmiseración y las súplicas y plegarias habituales al afirmar que renuncia a ellas (figura retórica llamada *preterición*), abordarles mediante el halago y exhortarles a mantener su prestigio emitiendo un veredicto confor-

³⁹ Gorgias, *Defensa de Palamedes* 11 a, 5 D-K.

⁴⁰ Gorgias, *Defensa de Palamedes* 11 a, 7 D-K.

⁴¹ Gorgias, *Defensa de Palamedes* 11 a, 22 D-K.

⁴² Gorgias, *Defensa de Palamedes* 11 a, 25 D-K.

⁴³ Gorgias, *Defensa de Palamedes* 11 a, 5 D-K.

⁴⁴ Gorgias, *Defensa de Palamedes* 11 a, 13 D-K.

⁴⁵ Gorgias, *Defensa de Palamedes* 11 a, 16 D-K.

⁴⁶ Gorgias, *Defensa de Palamedes* 11 a, 15 D-K.

⁴⁷ Gorgias, *Defensa de Palamedes* 11 a, 19 D-K.

⁴⁸ Gorgias, *Defensa de Palamedes* 11 a, 18 D-K.

⁴⁹ Gorgias, *Defensa de Palamedes* 11 a, 15 D-K.

⁵⁰ Gorgias, *Defensa de Palamedes* 11 a, 37 D-K.

⁵¹ Gorgias, *Defensa de Palamedes* 11 a, 33 D-K.

me a la verdad⁵². Y en cuanto a la primera, la de recapitular lo tratado, el orador-rétor Palamedes-Gorgias renuncia a ponerla en práctica por considerar que no la requieren tan distinguidos jueces⁵³ y en su lugar expone una vez más su doctrina de la incapacidad del discurso para reproducir la realidad: «Pues bien, si fuera posible que a través de las palabras la verdad de los hechos resultara pura y evidente a los oyentes, el veredicto sería fácil ya a partir de lo dicho»⁵⁴. Es decir: la *Defensa de Palamedes* es un discurso paradigmático que representa un *tour de force*, un «más difícil todavía» de la recién fundamentada Retórica: este arte es capaz de hacer que lo verdadero, lo realmente acontecido, que no es posible reproducir con palabras, resulte verosímil.

Con este remate la Retórica está fundamentada, si bien no sistemáticamente, sino de forma esporádica, con una afirmación aquí y la otra allá, y las unas y las otras siempre en medio de ejemplos, o sea, de discursos ejemplares. Y así mismo procedían los autores de *Artes Retóricas* de aquellos tiempos. En efecto, los tratadistas de Retórica de la época componían obras en las que, lejos de facilitar los lineamientos con los que bosquejar un arte sistemático, acumulaban sus personales experiencias a base de recetas, sin preocuparse ni poco ni mucho del arte en su conjunto⁵⁵. Por ejemplo, Trasímaco de Calcedón, autor de una *Gran Arte retórica*⁵⁶, que, a pesar del título, era, como todas las primitivas⁵⁷, más bien una colección de imitables modelos de los productos del arte de la elocuencia que una exposición sistemática de su doctrina, incluyó en ella una colección de epílogos provistos de apelaciones emocionales a los jueces, que podían servir, a guisa de lugares comunes, como piezas de remate de los discursos judiciales, si bien —cosa poco frecuente— acompañaba esos imitables ejemplos de recomendaciones respecto de su realización en el momento de la pronunciación misma del discurso⁵⁸.

Fue Platón en el *Fedro* quien fijó y delimitó la Retórica como arte emplazada entre la Dialéctica y la Psicagogía. Aunque su orador modelo es el filósofo-dialéctico que debe conocer previamente la verdad⁵⁹ y luego comunicarla, incluso con dogmáticos discursos provistos del argumento *ad hominem* que recuerda y hace pensar en la «noble mentira» a la que se alude en la *República*⁶⁰, a unos oyentes siempre individuales que se encuentran en relación dialéctica con el omnisciente orador-filósofo y que además siempre son menos inteligentes que él, a pesar de todo eso, hay que reconocer que en el *Fedro* pla-

⁵² Gorgias, *Defensa de Palamedes* 11 a, 35 D-K.

⁵³ Gorgias, *Defensa de Palamedes* 11 a, 37 D-K.

⁵⁴ Gorgias, *Defensa de Palamedes* 11 a, 35 D-K.

⁵⁵ Aristóteles, *Retórica* 1354 a 11.

⁵⁶ Radermacher, *AS*, B IX, 1-3.

⁵⁷ Aristóteles, *Refutaciones Sofísticas* 183 b 36.

⁵⁸ Aristóteles, *Retórica* 1404 a 14. Quintiliano III, III, 4.

⁵⁹ Platón, *Fedro* 260 d 3.

⁶⁰ Platón, *República* 414 b 7.

tónico se define explícita y pormenorizadamente por primera vez el arte retórica como un arte en que convergen un fuerte elemento lógico y un importante componente psicagógico.

El elemento lógico del ideal discurso retórico ha de ser tan fuerte, que hasta su mismo texto «ha de estar coherentemente configurado como un ser vivo, provisto de un cuerpo propio, de manera que no carezca de cabeza ni de pies, sino que tenga un tronco y unas extremidades proporcionalmente ajustadas unas a otras e inscritas en el conjunto»⁶¹.

En cuanto a la importancia del componente psicagógico del discurso retórico ideal, hay que decir que está asimismo muy subrayada: el orador debe ser experto en el alma; ha de ser capaz, en primer lugar, de describirla con la mayor exactitud posible y de explicitar si es homogénea o compleja; en segundo término, conocerá qué acción es capaz de ejecutar y qué efecto puede sufrir y por obra de qué agente; por último, clasificará los discursos y las almas por especies y conocerá qué tipo de discurso es apropiado o inapropiado para la persuasión de cada especie de alma⁶².

Sin esta fundamentación platónica de la Retórica como arte sería incomprendible la *Retórica* del Estagirita. Pues, efectivamente, también Aristóteles sitúa la Retórica entre la Dialéctica, por un lado, y la ciencia de las almas, por otro, si bien esta ciencia de las almas es la Ética política. Así lo dice literalmente en una de las dos definiciones de la Retórica que aparecen a lo largo de su obra sobre el arte de la elocuencia: «la Retórica viene a ser como una ramificación de la Dialéctica y de la práctica sobre los caracteres, a la que justo sería denominar política»⁶³.

En resumidas cuentas, Aristóteles parte del supuesto de que para configurar una Retórica hace falta contar con conocimientos paralelos a los de la Dialéctica y asimismo con conocimientos que versan sobre el alma, si bien estos conocimientos sobre el alma aparecen encuadrados en el marco de la Política, una idea que también es de Platón. Efectivamente el «divino filósofo» había dejado bien establecido que las constituciones o formas de gobierno generan un particular carácter o *êthos* capaz de modelar el alma de los ciudadanos sometidos a ellas⁶⁴. Así que el orador ideal del Estagirita es un filósofo, ya no dogmático como el de Platón, pero sí ético («no hay que persuadir de lo malo»)⁶⁵, que debe manejarse bien en Dialéctica y en el conocimiento del alma de sus oyentes concebidos como integrados en una comunidad política, o sea, en Política.

Ahora bien, hay en la *Retórica* de Aristóteles dos definiciones distintas de la Retórica, que, sumadas a ciertas repeticiones inesperadas e inútiles así como a flagrantes contradicciones de contenido en el tratamiento de una misma cues-

⁶¹ Platón, *Fedro* 264 c 1.

⁶² Platón, *Fedro* 271 a 4.

⁶³ Aristóteles, *Retórica* 1356 a 25.

⁶⁴ Platón, *República* 544 d y 549 e.

⁶⁵ Aristóteles, *Retórica* 1355 a 31.

ción, han sugerido ya desde finales de la pasada centuria y los comienzos de la presente que la *Retórica* aristotélica fue compuesta con materiales de dos (o más) épocas diferentes. En esta línea de investigación hay que situar los trabajos de H. Diels, F. Marx, A. Kantelhardt y F. Solmsen⁶⁶. Este último, siguiendo el esquema evolutivo fijado para el Estagirita por W. Jäger⁶⁷, autor de la tesis de un gradual desarrollo del pensamiento aristotélico desde el platonismo del maestro a un empirismo más en consonancia con su individual y propio carácter, trató de explicar las contradicciones y disonancias detectables en el susodicho tratado⁶⁸. Pero resulta que hoy día parece, en contra de esta tesis aceptada sin la menor sombra de duda incluso por George Kennedy⁶⁹, que en Aristóteles conviven desde un principio el platonismo y el empirismo y que por consiguiente su doctrina no es tanto el resultado de una evolución lineal y sin altibajos desde el polo del platonismo al del empirismo, sino, más bien, el resultado de un desarrollo gradual de dos antinomias subyacentes en su poderosa mente que fueron emergiendo unas veces en forma alternativa y otras sucesivamente⁷⁰.

Así pues, modernamente debemos leer la *Retórica* pensando en que su autor es a la vez platónico y empirista y tratando de comprender cómo, al no poder fundamentar el arte de la elocuencia en la mera Dialéctica, lo que hubiera conducido a una *Retórica* para filósofos al platónico modo, no tuvo más remedio que adoptar una postura más empirista y abierta consistente en contemplar el proceso del discurso retórico desde la perspectiva del «oyente juez».

La perspectiva del «oyente juez» es esencial para entender el tratado aristotélico que nos ocupa. En realidad, sin tenerla presente no se puede dar un paso ni en *Retórica* antigua ni en *Retórica* moderna⁷¹. El Estagirita la tiene en mente cuando, en los preliminares de su obra⁷², argumenta que la *Retórica* es útil por-

⁶⁶ A. López Eire, «Las claves de la *Retórica* aristotélica», *Homenaje al Prof. S. Lasso de la Vega*, Madrid 1998, 311-321. «Entre la Dialéctica y la Política», *Habis* 30 (1999) 87-110. «Innovación y modernidad de la *Retórica* aristotélica», *A Retórica greco-latina e a sua perenidade*, Actas do congresso 11-14 de Março de 1997, Coimbra 2000, I, 57-134.

⁶⁷ W. Jaeger, *Aristoteles. Grundlegung einer Geschichte seiner Entwicklung*, Weidmannsche Buchhandlung, Berlín 1923. *Aristoteles. Bases para la historia de su desarrollo intelectual*, trad. esp., Fondo de Cultura Económica-España, Madrid 1993.

⁶⁸ F. Solmsen, *Die Entwicklung der aristotelischen Logik und Rhetorik*, Neue Philologische Untersuchungen, 4, Weidmannsche Buchhandlung, Berlín 1929.

⁶⁹ G. Kennedy, *The Art of Persuasion in Greece*, Routledge and Kegan Paul, Londres 1963, 82-3.

⁷⁰ P. Moraux, «Die Entwicklung des Aristoteles», en P. Moraux (ed.), *Aristoteles in der neueren Forschung*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt 1968, 67-94.

⁷¹ Sobre la función activa del receptor en la elaboración y emisión del discurso retórico por el orador, cf. T. Albaladejo, «Sobre la posición comunicativa del receptor del discurso retórico», *Castilla. Estudios de Literatura* 19 (1994), 7-16. En cuanto a la adhesión del oyente a un «valor propuesto», cf. A. García Berrio, «*Retórica* como ciencia de la expresividad (Presupuestos para una *Retórica* general)», *Estudios de Lingüística. Universidad de Alicante*, 2 (1984) 7-59; cf. 42.

⁷² Aristóteles, *Retórica* 1355 a 24.

que nos enseña a persuadir a las masas, pues, «aunque poseyéramos la ciencia más exacta del mundo, al dirigirnos a algunas gentes, no nos resultaría posible convencerlas extrayendo elementos de ella e incorporándolos a nuestro discurso, pues el discurso científico es propio de la docencia, y eso es imposible en nuestro caso; antes bien, es necesario realizar las estrategias de persuasión y los razonamientos a través de nociones comunes, como precisamente, por cierto, exponíamos en *Los Tópicos* acerca de la conversación con las masas»⁷³. Y es, en último término, responsable de que la Retórica deje de ser definida como mera «facultad de contemplar en cada caso su capacidad de persuasión»⁷⁴, para pasar a tener una definición mucho más realista y en consonancia con sus aplicaciones reales: «una ramificación de la Dialéctica y de la práctica sobre los caracteres, a la que justo sería denominar política»⁷⁵, cambio de definición que implica la transfiguración de la Retórica, que se convierte de teórica disciplina filosófica en disciplina filosófico-política que estudia empíricamente la práctica de los caracteres individuales en relación con los caracteres de las constituciones políticas. Es como si el Estagirita, atendiendo al oyente de un discurso retórico, arrancase a la Retórica de los brazos de la Dialéctica para llevarla a los de la Ética-Política: «puesto que las estrategias persuasivas no sólo surgen a lo largo de un argumento demostrativo, sino también de uno ético (pues damos credibilidad al hecho de que el orador parezca ser de tal o cual manera, es decir, si parece ser bueno, benévolo o ambas cosas a la vez), sería menester que nosotros tuviéramos bien controlados los caracteres de todas y cada una de las formas de gobierno»⁷⁶.

La razón de este giro copernicano está en la adopción por parte de Aristóteles de la perspectiva del oyente, proceso del que en el tratado quedan abundantes huellas. De entre ellas la más importante es la declaración explícita con la que Aristóteles nos precisa que, si el oyente fuese un intachable filósofo dialéctico intocado por el vicio y no lo que en realidad es, a saber, un ser humano en el que se dan la depravación, la maldad, la degeneración y la perversión, la Retórica no tendría que ver más que con las demostraciones de los argumentos. Pero resulta que la Retórica es una disciplina dirigida al oyente normal y no virtuoso filósofo, por lo que muchas veces atiende, más que a la demostración de la verdad misma, a complacer o buscar la aquiescencia del oyente, y se convierte en «una faceta de la adulación»⁷⁷ o «un arte enfocado al placer y a la manera de agradar a los oyentes»⁷⁸, tal como la definiera Platón en el *Gorgias*. Así se expresa sobre este punto el Estagirita: «pero refiriéndose toda la actividad de la Retórica a la opinión, habrá que atender a este asunto, no como si

⁷³ Se refiere a Aristóteles, *Tópicos* 101 a 30.

⁷⁴ Aristóteles, *Retórica* 1355 b 25.

⁷⁵ Aristóteles, *Retórica* 1356 a 25.

⁷⁶ Aristóteles, *Retórica* 1366 a 9.

⁷⁷ Platón, *Gorgias* 463 c.

⁷⁸ Platón, *Gorgias* 502 c.

estuviera bien, sino como cosa necesaria, dado que lo justo es no buscar con el discurso nada más que evitar afligir o regocijar a los oyentes; pues lo justo es competir con los hechos mismos, de manera que todo lo demás que queda fuera de la demostración es superfluo; pero, sin embargo, ese asunto tiene gran poder, tal como queda dicho, por causa de la depravación de los oyentes»⁷⁹. Por esa razón —piensa Aristóteles— no hay más remedio que volver a la realidad y adoptar el punto de vista del «oyente juez», lo que implica admitir que no se puede separar en un discurso retórico lo cognitivo de lo emotivo y que los intereses del «oyente juez» determinan los diversos géneros oratorios. Lo primero lo afirma nuestro filósofo diciendo que «de las estrategias persuasivas que se suministran a través del discurso hay tres especies, pues unas se basan en el carácter del que habla, otras en poner al oyente en determinada disposición y otras en el discurso mismo»⁸⁰; y lo segundo lo deja claro con estas palabras: «el oyente tiene que ser necesariamente o espectador o juez, y si es juez, lo es de las cosas pasadas o de las futuras. Y el que juzga sobre las cosas futuras es el miembro de la Asamblea y el que lo hace sobre las cosas pasadas, el juez, y el que juzga sobre la capacidad (*sc.* del orador) es el espectador, de manera que necesariamente vendrían a ser tres los géneros de los discursos: deliberativo, judicial y epidíctico»⁸¹.

Veamos otras huellas también muy notables de la adopción de la perspectiva del «oyente juez»: En un bien conocido pasaje se refiere Aristóteles a la importancia de suscitar un determinado estado de ánimo en el oyente juez, con estas palabras: «Y a través de los oyentes (*sc.* se ejercen las estrategias de persuasión), cuando son arrastrados a una pasión por el discurso, pues no emitimos los mismos veredictos cuando estamos apenados que cuando estamos alegres, cuando amamos que cuando odiamos»⁸². Y en el comienzo mismo del libro III, a propósito del estilo, afirma que hay que estudiar el modo en que hay que pronunciar el discurso para que resulte estéticamente como es debido, que es cosa que contribuye en gran medida por su calidad a predisponer favorablemente al oyente⁸³. Y, por supuesto, todas esas recomendaciones que desde las páginas de la *Retórica* da el Estagirita en segunda persona, una manera de prescribir poco usual en él, están generadas desde la perspectiva del «oyente juez»; por ejemplo: «en la narración emplea elementos patéticos tanto en lo que se refiere a las consecuencias que todos conocen como en lo que a ti mismo o a tu adversario atañe, por ejemplo: “y él, habiéndome echado una mirada de soslayo, se marchó”»⁸⁴; «y cuando suscites emociones, no emplees entimemas en tu discurso»⁸⁵.

⁷⁹ Aristóteles, *Retórica* 1404 a 1.

⁸⁰ Aristóteles, *Retórica* 1356 a 1.

⁸¹ Aristóteles, *Retórica* 1358 b 2.

⁸² Aristóteles, *Retórica* 1356 a 14.

⁸³ Aristóteles, *Retórica* 1403 b 15.

⁸⁴ Aristóteles, *Retórica* 1417 a 36.

⁸⁵ Aristóteles, *Retórica* 1418 a 12.

Y hay, finalmente, un pasaje decisivo⁸⁶, inspirado también en la concepción del «oyente juez», en el que Aristóteles brilla con luz propia entre los tratadistas de Retórica. El alma del oyente —explica el Estagirita— cuando percibe un discurso pronunciado en el estilo apropiado, pertrechado de tonos patéticos que reflejan pasiones y de rasgos que expresan el carácter o talante del orador, en virtud de un «paralogismo»⁸⁷, o sea, de una falacia o un falso razonamiento, «en la idea de que quien le habla le está diciendo la verdad», concluye «que así son las cosas, aunque no sean así como dice el orador»⁸⁸.

La concepción aristotélica del «oyente juez», que justifica el hecho de que existan en el discurso retórico junto a las estrategias lógicas, estrategias de otro orden, como las psicológicas (la exhibición del carácter fiable y atractivo del orador, *êthos*, y la conmoción pasional de los oyentes, *páthos*) y las estéticas (las basadas en la cautivadora belleza de la particular dicción o estilo), asimilables a las psicológicas⁸⁹, empalma excelentemente con la Retórica moderna. Pues, efectivamente, en la actualidad —y en esto sigo a O. Ducrot y M. Carel⁹⁰— se opina que el discurso argumentativo no tiene ninguna relación directa con la persuasión retórica, que la argumentación con palabras (el *lógos*) no se funda exclusivamente en los hechos y que por ello es bien diferente de la inferencia o del razonamiento, que —como ya lo había intuido la Retórica tradicional— el *lógos* o argumentación con palabras, aunque era considerado elemento indispensable del discurso retórico, muestra bien a las claras sus propios límites. Es claro, por ejemplo, que «Pedro ha comido poco esta mañana» y «Pedro ha comido un poco esta mañana» son enunciados muy semejantes pero que exigen estar encadenados, en el discurso, a sendas conclusiones bien distintas y aun opuestas: «Por consiguiente, debe tener hambre» y «Por consiguiente, no debe tener hambre todavía», respectivamente. También lo es que una inferencia entronizada mediante la conjunción «por consiguiente» no es sino la explicitación de un determinado bloque semántico («hace un calor asfixiante, por consiguiente, me voy a bañar», bloque semántico del «agua refrescante como antídoto del calor asfixiante») y esos bloques no son más que representaciones estereotipadas de la realidad. Así pues, el orador, al decir «por consiguiente» en su argumentación retórica o *lógos*, no justifica directamente su conclusión, sino que se justifica a sí mismo como hombre razonador y esta su presunta racionalidad se transmite indirectamente a las conclusiones que presenta.

⁸⁶ Aristóteles, *Retórica* 1408 a 16.

⁸⁷ Aristóteles, *Retórica* 1408 a 20.

⁸⁸ Aristóteles, *Retórica* 1408 a 21

⁸⁹ Cf. T. Albaladejo, *Retórica*, Síntesis, Madrid 1989, 129 «La elaboración artística elocutiva produce un deleite estético en el receptor, que lleva a éste a vencer el *taedium*, el hastío en la audición, y a seguir con atención, interés y fruición el discurso».

⁹⁰ Agradezco a mi admirado amigo O. Ducrot sus informaciones orales así como una copia de la versión definitiva de su conferencia de México 1998, aún inédita, titulada «De l'argumentation» comme moyen de persuasion».

Esta forma de contemplar la débil fuerza argumentadora del lenguaje ataca directamente el optimismo de Aristóteles y de sus sucesores, que creían en la posibilidad de obtener la verdad mediante el silogismo filosófico, aunque con el entimema retórico el Estagirita, desde la perspectiva del «oyente juez», sólo consideraba alcanzable la verosimilitud⁹¹. En realidad —por decirlo con palabras del propio Ducrot—, el lenguaje es la caverna platónica que nos obliga a vivir en medio de las sombras sin relación fiable con la realidad. Como había dejado expuesto Gorgias, entre la realidad y el lenguaje media un abismo insalvable. Pero esta conclusión nos revela al mismo tiempo la agudeza y el buen tino del Estagirita, que no abandonó la Retórica en las manos de tan sólo la Dialéctica como disciplina capaz de encontrar la verdad. Por el contrario, convencido de que la Retórica por la vía del raciocinio sólo podría alcanzar lo verosímil, la pertrechó de otras estrategias basadas en la eficacia de la palabra sobre el «oyente juez» y llegó a atisbar que era en ellas en las que en gran medida se fundamentaba, en virtud de un parasilogismo o falacia argumentativa, la fuerza persuasiva del discurso retórico⁹².

Hoy día sabemos muy bien que la Retórica no puede ser puramente argumentativa, pues no existe un único y monolítico tipo de inteligencia, sino inteligencias múltiples⁹³ y cada individuo posee dos clases diferentes de inteligencia, la inteligencia racional y la inteligencia emocional⁹⁴, ya que las emociones son necesarias para el ejercicio de la razón, hasta el punto de que no hay un funcionamiento adecuado del intelecto si no se da una ajustada complementación entre el sistema límbico y el neocórtex, entre la amígdala y los lóbulos prefrontales⁹⁵. La Neurolingüística y su complementaria la Psicolingüística nos enseñan que, lejos de ser estos asertos meramente especulativos, tienen bases y fundamentos biológicos y funcionales, pues, por una parte, está probada experimentalmente la relación entre la amígdala y otras regiones del sistema límbico, sede de la inteligencia emocional, con los lóbulos prefrontales y el neocórtex —sede de la inteligencia racional— en sus dos áreas, de Broca y de Wernicke, situadas la primera en el lóbulo frontal y la segunda en el parietal y responsables la primera del proceso de expresión y la segunda del de comprensión; por otra parte, funcionalmente, la facultad del lenguaje está relacionada con otros sistemas e integrada en el cuadro psicológico general, por lo que la facultad de hablar y comprender lenguaje son «funciones complejas»⁹⁶ en las que intervienen no sólo el hemisferio cerebral

⁹¹ Aristóteles, *Retórica* 1355 a 14.

⁹² Aristóteles, *Retórica* 1408 a 20.

⁹³ H. Gardner, *Multiple Intelligences. The Theory in Practice*, Basic Books, N. York 1993.

⁹⁴ P. Salovey- J. D. Mayer, «Emotional Intelligence», *Imagination, Cognition and Personality* 9 (1990), 185-211.

⁹⁵ A. Damasio, *Descartes' Error: Emotion, Reason and the Human Brain*, Grosset/Putnam, N. York 1994.

⁹⁶ A. R. Luria, *Traumatic Aphasia*, trad. ingl., Mouton, La Haya 1970.

izquierdo (hasta ahora se venía hablando de «lateralización»), sino también el derecho (sede del componente entonativo, por ejemplo)⁹⁷ y la amígdala que envía bits de información sensorial a los lóbulos prefrontales, que son analizados y registrados en el neocórtex.

La perspectiva del «oyente juez» es esencial en Retórica. Es un principio fundamental de la Retórica que el orador tiene que adaptar su discurso a la situación comunicativa en que se encuentra, al momento oportuno, el *kairós*, para poder contar así con una perfecta adecuación entre todos los elementos que componen el hecho retórico, o sea, el *decorum*⁹⁸.

Nuestras estrategias retóricas se basan en lo que sabemos acerca de la manera en que los oyentes procesan las palabras que el orador les dirige para obtener de ellos una determinada reacción. Ahora bien, la Neurolingüística⁹⁹, la Psicolingüística¹⁰⁰ y la Pragmática Lingüística nos proporcionan además en el presente novedosos e interesantes fundamentos para edificar una Retórica sólida y eficaz. Gracias a estas disciplinas sabemos, por ejemplo, que la especie humana debe su evolución y desarrollo al cerebro emocional, pues de la región más primitiva del cerebro situada en la parte superior de la médula espinal —el tallo encefálico— surgieron primeramente los centros emocionales del sistema límbico (que permitía el aprendizaje y la memoria) y más tarde el neocórtex, ese bulbo de tejidos replegados sobre sí mismos que constituyen el estrato superior del sistema nervioso, en el que residen la inteligencia y el raciocinio humanos. Pues bien, miles y miles de circuitos neuronales vinculan estrechamente el sistema límbico al neocórtex, la inteligencia emocional a la racional. En consecuencia, nuestro discurso retórico, si pretende ser eficaz, o sea, persuasivo, será rico en estrategias ligadas a ese tan importante cerebro emocional del que venimos hablando. Y, en cuanto al cerebro racional, sabemos que en el hemisferio cerebral izquierdo, por entre los lóbulos de la corteza perisilviana, existen el área de Broca, situada en el lóbulo frontal y responsable de la fluidez del lenguaje, y el área de Wernicke, situada en el lóbulo parietal, colmada de circuitos neurales y conexiones nerviosas, encargada del procesamiento del lenguaje.

La Retórica debe conocer cómo los oyentes procesamos los mensajes en la comunicación del discurso retórico, para construir luego ella misma, conocido el sistema de procesamiento, los discursos más eficaces para la persuasión.

⁹⁷ D. W. Zaidel, «Las funciones del hemisferio derecho», *Mundo científico* 36 (1984), 504-513.

⁹⁸ A. García Berrio, *Teoría de la Literatura (La construcción del significado poético)*, 2ª ed., Cátedra, Madrid 1994, 100-2.

⁹⁹ R. Lesser, «Language in the Brain: Neurolinguistics», en E. Neville Collinge (ed.), *An Encyclopaedia of Language*, Routledge, Londres/N. York 1990, capítulo 11. D. Caplan, *Introducción a la neurolingüística y al estudio de los trastornos del lenguaje*, trad. esp., Visor, Madrid 1992.

¹⁰⁰ A. López García, *Psicolingüística*, Síntesis, Madrid 1988. M. Garman, *Psicolingüística*, trad. esp., Visor, Madrid 1996.

Al procesamiento del lenguaje emitido ha de mirar, efectivamente, en todo momento la Retórica moderna, siguiendo así el camino fijado por Aristóteles con su teorización del «oyente juez». Los seres humanos nos pasamos la vida realizando actos de habla para influir los unos en los otros, para instigarnos e inducirnos mutuamente a obrar o pensar de una determinada manera, y el acto de habla retórico es un tipo especial de acto de habla ilocucionario, caracterizado por una muy marcada intencionalidad persuasiva. Somos animales sociales condenados a la interacción¹⁰¹, es decir: a influir unos en otros a través del lenguaje mediante dos programas de comunicación: el de codificación-descodificación, que nos es común con el robot («puerta lateral derecha abierta») y con algunas especies animales (por ejemplo, la «danza» de las abejas¹⁰²), y el de ostensión-inferencia, por el que damos a entender algo a nuestro oyente a través del reconocimiento de la intencionalidad de nuestro mensaje¹⁰³. El primero de estos dos programas está subordinado al segundo, pues los seres humanos logramos la comunicación cuando reconocemos como oyentes la intención informativa de quienes, realizando con nosotros un acto de habla, nos emiten sus mensajes.

Y aquí está el fundamento de la Retórica: el propósito de realizar actos de habla especialmente persuasivos de los oyentes partiendo de la perspectiva del «oyente juez» adoptada por Aristóteles para su estudio, es decir, sabiendo que nuestro esfuerzo como oradores sólo se verá recompensado por el veredicto del auditorio una vez haya procesado nuestro discurso. A realizar este eficaz discurso nos ayuda la Retórica con su saber multiseccular: Como las palabras están abismalmente separadas de las cosas —como dijo Gorgias—, como con la argumentación retórica no podemos ir más allá de lo verosímil —como afirmó Aristóteles—, habrá que persuadir a nuestro prójimo con estrategias psicológicas y estéticas (en el fondo, psicológicas ambas) que su inteligencia emocional procese favorablemente y con estrategias lógicas que, tendentes tan sólo a establecer la verosimilitud, al ser procesadas por el oyente, le parezcan transmisoras de verdad, aunque, como decíamos al principio, la certidumbre es hoy en día tan ajena a la Retórica como a la Ciencia.

¹⁰¹ C. Kerbrat-Orecchioni, *Les interactions verbales*, I, Armand Colin, París 1990

¹⁰² K. von Frisch, *The Dance Language and Orientation of Bees*, Belknap Press of Harvard UP, Cambridge, Mass. 1967.

¹⁰³ H. P. Grice, «Meaning», *Philosophical Review* 66 (1957), 377-88 = D. Steinberg-L. Jacobits (eds.), *Semantics: An interdisciplinary Reader*, CUP, Cambridge 1971, 53-9; cf. 58.